

*Thomas Carlyle* (Nueva York, 1888); *Correspondence between Goethe and Carlyle* (Nueva York, 1887) todos los libros anteriores editados por el profesor C. E. Norton. *Carlyle's Letters to His Youngest Sister* (Copeland, Londres, 1889). Acerca de su vida y sus obras son de recomendarse:

*Memoirs of the Life and Writings of Thomas Carlyle* (De Shepherd y Williamson, Londres, 1881); *Thomas Carlyle. The Man and His Books* (Wylie, Londres, 1881); *Carlyle Personality and His Writings* (Masson, Londres, 1885); *Carlyle and the Open Secret of His Life* (Larkin, Londres, 1886); *Life* (Garnett, Londres, 1887); *Life* (Nichol, Nueva York, 1894); *Froude and Carlyle* (Wilson, Nueva York, 1898); *Life of Jane Welsh Carlyle* (Mrs. Ireland, Londres, 1891); *The Bibliography of Thomas Carlyle* (Shepherd, Londres, 1882).

Para conocer el medio en que vivió Carlyle, ningún libro mejor que:

*Pre-Raphaelitism and the Pre-Raphaelite Brotherhood* (William Holman Hunt, O. M. D. C. L., 2ª edición, Nueva York, 1914).

## Viaje a México

### Paul Morand

El autor de *Venecias* recorre la Ciudad de México guiado por el escritor y diplomático Genaro Estrada. Aquí reproducimos un fragmento del libro en el que Morand recrea su paso por nuestro país que fue publicado en "Laberinto" del periódico *Milenio*, el 10 de mayo de 2008.



### A través de México

**S**on las nueve de la mañana. Bajo un cielo perfectamente restirado, paseo por las calles henchidas hasta hacer retroceder las casas. A causa del oxígeno de la altura que aniquila la fatiga y reduce el sueño, me siento tan ligero como un globo.

*Le matin c'est la grande fête.*

Quien de este modo cita a nuestros autores y me acompaña es el Subsecretario de Relaciones Exteriores, Don Genaro Estrada. Como todos los actuales gobernantes de México, Estrada no tiene aún cuarenta años. Es un hombre voluminoso, fuerte, bueno, un fino político, un gran bibliófilo y, a pesar de

esto, un letrado. La primera vez que lo vi, se levantó pesadamente de su escritorio de ministro, hecho de una sola enorme carta geográfica de América, y me dijo a quemarropa:

—Hubiera querido ver la exposición de dibujos de Cocteau.

—Señor Ministro, yo puedo prestarle el catálogo...

—Es inútil, lo tengo —dijo simplemente.

Añadió:

—¿Qué hace Reverdy?

Y en seguida:

—Estoy encantado con la edición de lujo de *La Pharmaciennne* de Giraudoux —esta edición acababa de aparecer cuando salí de París.

Estrada me hizo saber que leía todas las noches; que recibía todos los libros occidentales, de lujo y los otros, y que estaba suscrito por cuenta propia a ciento cincuenta revistas francesas y extranjeras. No había estado en París sino una sola vez en su vida. No es el “snob” deseoso de probar que conoce su bulevar, sino simplemente un hombre cultivado, sensible, voluptuoso de las ideas, que se hace enviar los libros de Francia como otros se hacen traer los mejores frutos de cada país.

Estrada no me impuso la visita de ninguna colección, biblioteca, museo, etc. Me hizo subir a su gran automóvil y me llevó, de pronto, por las calles cada vez más cercanas al mercado. Entré en el México vivo. Pasamos a unos cuantos centímetros de indios mongoloides o de aquellos de nariz encorvada, hermanos de las máscaras funerarias de piedra volcánica. Nunca había encontrado, reunidos en tan pequeño espacio, todos los productos de una tierra: los de tierra caliente, traídos hasta la altiplanicie, se codean con los de zona templada; los pescados del trópico se mezclan con los mangos, los plátanos rojos y con los rábanos y las mazorcas gigantes: frutos más bellos todos que los primeros premios de nuestras exposiciones. Estrada me muestra las piñas que cuestan dos centavos.

—Un día —me dice— comía en París en el restorán Voisin. Pedí un entremés escogido, especialmente delicado... “¿Qué le parece a usted —me dijo el *maitre d’hotel*— una rebanada de piña?”

Genaro Estrada, el delicioso autor de *Pero Galín*, me lleva a caza de antigüedades de donde saldrá, como su personaje, lleno de hallazgos que llama, deliciosamente, preciosidades.

Entramos al Mercado de los ladrones (*sic*), al Volador, situado en el lugar en que se hallaba el juego de pelota de los aztecas. Antaño se mataba allí a los toros y a los herejes. Estrada, ¿cómo adivino usted mis gustos? He aquí mi vicio: los mercados de hierros viejos y los Montes de Piedad. ¡Cuántas veces he dejado vacío el despacho para correr al “Rastro de Madrid” al “Caledonian Market” de Londres! En cuanto a Roma, no es culpa

*Estrada no me impuso la visita de ninguna colección, biblioteca, museo, etc. Me hizo subir a su gran automóvil y me llevó, de pronto, por las calles cada vez más cercanas al mercado. Entré en el México vivo. Pasamos a unos cuantos centímetros de indios mongoloides o de aquellos de nariz encorvada, hermanos de las máscaras funerarias de piedra volcánica.*

*Forman una hilera de astros los enormes sombreros mexicanos, de alas enrolladas o planas, de vaquero, estilo cordobés, de fieltro blanco, de pelo negro, plata, oro y borlas, y esas asombrosas cajas cónicas de sombreros para el viaje, que necesitan para ellas solas un compartimento. Viéndolas, pierdo la esperanza de llevar alguno a Francia.*

mía si me retrasé, porque estaba situado, precisamente, frente al Palacio Farnesio... ¿Hay algo más delicioso que el Volador de México, el Paraíso Colonial y su hermano menor, el mercado de la Lagunilla? ¡Gritan los fonógrafos invisibles y, de un almacén de viejos clavos enmohecidos, sale la voz de Mary Garden!

Esta es la porción de las guarniciones, de los curtidores. La distribución del mercado sigue siendo española y, a través de España, yo encuentro el “souk” árabe. Magníficas sillas de cuero pirograbado o repujado, estribos, bridas listadas de plata. He aquí los zapatos que cuelgan “como racimos de plátanos” dice Estrada con la sonrisa del conocedor, “con sonrisa de conocimiento”. Sandalias de piel blanca, como las de los filósofos en los diálogos platónicos. A la derecha, detrás de las llantas usadas, están los librereros. Todos saludan a mi acompañante y le ofrecen libros de teología castellana, incunables, y también románticos franceses. ¡Al fin estamos en el más bello capítulo: el de los sombreros! ¡Qué gran error cometen los productores de películas empeñándose en no salir de los pequeños estudios donde vuelven a empezar los horrores y los errores de las decoraciones de teatro! ¡Qué tela de fondo! Forman una hilera de astros los enormes sombreros mexicanos, de alas enrolladas o planas, de vaquero, estilo cordobés, de fieltro blanco, de pelo negro, plata, oro y borlas, y esas asombrosas cajas cónicas de sombreros para el viaje, que necesitan para ellas solas un compartimento. Viéndolas, pierdo la esperanza de llevar alguno a Francia.

Pero ya Estrada me hizo cruzar la calle, la misma calle donde ayer pasaba el Santo Oficio con dirección a la hoguera. No alcanzo sino a echar un vistazo a la calle de los alfareros, sobre la hermosa alfarería mexicana moderna, y de Guadalajara, Puebla, Talavera, Zacatecas. Lejos de ella soy conducido a una iglesita que está enfrente. Estrada nada me dice; solamente oprime mi brazo. Frente a mí, en un altar lateral, se encuentra de pronto el trío más extraño, negro y blanco.

—Es Cristo Envenenado, el Ángel y la Virgen de la Soledad —me explica.

En España había visto ya Cristos negros: pero nunca algo tan horrible. Imaginad, un Cristo vacilante, un Cristo tamaño natural, untado con betún, de rostro negro, oculto por bucles de cabellos blondos verdaderos, como los “ingleses” de nuestras abuelas. A su lado, hierática, lívida, seca, esencia de soledad, la Virgen retorciendo entre sus manos un fino pañuelo de encaje, asiste a su agonía.

—¿Sabe usted la leyenda? —pregunta mi compañero.

Una muchacha había sido envenenada accidentalmente. Llena de confianza, se precipitó a los pies de este Cristo que entonces era blanco. A medida que rezaba se producía el milagro: poco a poco el Cristo absorbía el veneno y, al fin, cuando

la muchacha quedó salvada, el Cristo quedó ennegrecido, envenenado a su vez...

Pasamos frente a la gran Ópera de México, en construcción, cuya mole orgullosa y demasiado pesada se hunde en el suelo a medida que se levanta, de manera que, como un teatro inglés, su gallinero quedará muy pronto a nivel de la calle.

Atropellados por un tráfico verdaderamente americano, pasamos frente a esos antiguos palacios rococó, de color rosa viejo, o multicolor, sobre los que se destacan los escudos de armas llenos de esculturas rizadas o rejuvenecidas por el brillo azul y amarillo de los azulejos.

Al fondo entreveo los patios de columnas de granito y muros de cal con una fuente al centro y un laurel rosa y una palmera que sube hasta el balcón. He aquí la hermosa residencia llamada De los Azulejos, la más bella casa colonial de América. ¡Cuánto darían los Estados Unidos por poseerla! Construida en 1596, en el estilo mudéjar español impregnado aún de arte árabe, su fachada, que da a dos calles, está cubierta de azulejos de Puebla, azules sobre fondo blanco; pertenece a la familia Iturbe.

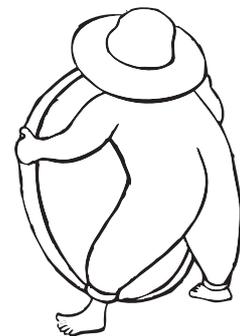
En la estrecha calle que recorreremos, en las ventanas, enredadas como cajas de banco, los amantes cambian juramentos a la española. Las serenatas cuestan muy caro desde que la policía municipal cobra derechos de audición. Pero, ¿no queda acaso el lenguaje de las flores, el juego de los abanicos, las señales de los pañuelos y, sobre todo, las señales con los dedos acompañadas de muecas y movimiento de hombros, que son otros tantos idiomas encantadores, entablados, a un tiempo, por la dulcinea y su galán, su majó?

Aquí se encuentra toda la vieja España picaresca que ya no existe en Europa.

Aquí están los pesados batientes de la puerta cochera, bajos para los peatones, altos para los jinetes. Aquí, los hombres del pueblo envueltos en el sarape, chal de lana de gruesas rayas como las telas africanas y de vegetales colores primitivos. Y los mestizos con el puro en la boca y la navaja, el arma favorita, en la bolsa.

El idioma que hablan estas gentes es el hermoso español de Cervantes, no un idioma impuro como el de la Argentina sino el mejor castellano de América, enriquecido con graciosas metáforas indígenas.

El auto se detiene frente a la Secretaría de Educación Pública. Siguiendo a Estrada, entro al patio, amplio como el de la Sorbonne, de tres abiertas galerías. Arriba y abajo, los muros están cubiertos con frescos. Me acerco esperando encontrar cualquier melancólica alegoría académica y me encuentro frente a toda una serie de composiciones admirables, de un arte nuevo y simple, de una maestría extraordinaria.



—Son de Diego Rivera —me dice Estrada.

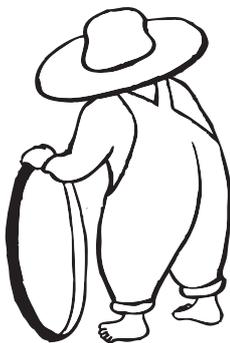
Diego Rivera, el mejor pintor americano, que trabajó diez años en París, está cubriendo México con sus pinturas. ¡Qué pinturas las suyas! Este hombre fuerte que se precia de no ser más que un artesano (a quien no pude visitar porque acababa de sufrir una caída de un andamio y se encontraba entonces entre la vida y la muerte, ahora, felizmente, está fuera de peligro), ha llenado sus muros con grandes composiciones emotivas que representan escenas populares, ceremonias indígenas y cultos paganos, con una alegría de vivir, con una embriaguez decorativa, un amor a la patria y a sus hermosas mujeres y a los indígenas de los campos —obreros negros, cuerpos de piel roja dentro de trajes de estalladora blanca— en cuadros ingenuos de los cuales tal vez no se encuentra en este momento equivalente en Europa. Es verdad que Gauguin y Maurice Denis y, sobre todo, Seurat, han pasado por ellos y que sus lecciones no han sido inútiles. ¡Rivera ha sabido conservar a través de estos pintores, intacta, su personalidad! A pesar de las influencias literarias y políticas —pacifismo, hoz y martillo, “barbussismo” pictórico— que nada añaden a su originalidad, ¡qué bella afirmación de arte y qué optimismo en la obra de Diego Rivera!

Felicitaré en seguida al Secretario de Educación Pública, que tan orgulloso está de la decoración de su edificio.

—¿Cómo es posible —le pregunto— que en México se confíe la decoración entera de un edificio a un artista tan joven, audaz y lleno de inteligencia?

—Porque hemos suprimido las distinciones honoríficas —me responde— y porque aún no tenemos Instituto.

## Bonos mexicanos



### Thomas De Quincey

Esta nota apareció el 22 de septiembre de 1827 en las páginas de *The Edinburgh Saturday Post*. Una semana antes, en esta misma publicación se dio a conocer “un cierto pánico entre los tenedores de bonos mexicanos” en Londres, tras anunciarse que la “agencia del gobierno mexicano iba a pasar de los Sres. Baring & Co.” a una correduría